

Conferencia “Educación y compromiso”

P. Adolfo Nicolás, Superior General de la Compañía de Jesús

Fundación Joan XXIII

L'Hospitalet de Llobregat, 13 de noviembre de 2008

Texto en castellano



P. General de la Companyia de Jesús, Adolfo Nicolás.
Visita a Catalunya, novembre 2008.



EDUCACIÓN Y COMPROMISO

Buenos días a todos.

Resulta particularmente simbólico celebrar el aniversario de la llegada de un grupo de compañeros jesuitas a un barrio como este de Bellvitge, y hallarse hoy con una realidad consolidada y asumida por un numeroso grupo de laicos comprometidos con la misión de la Compañía de Jesús.

Si uno se acerca a la historia de la presencia de los jesuitas en Bellvitge y a la construcción del colegio Juan XXIII, se encontrará con muchísimos elementos de la historia y de la utopía jesuíticas. No es casualidad que fuera el P. Arrupe, uno de los grandes renovadores de la Compañía de Jesús, quien en 1973 planteara a nuestros alumnos graduados un reto para un nuevo nivel de liberación de los condicionamientos de la clase social y de la sutil red de valores que deshumanizan a la persona. Él encargó a los educadores jesuitas la responsabilidad concreta de ayudar a nuestros graduados a plantearse los temas humanos más importantes.

La magnífica obra que hoy significa el colegio Juan XXIII ha sido la aplicación práctica de aquel mensaje que el P. Arrupe dio en 1973, cuando exhortaba a los jesuitas y a los antiguos alumnos, unidos en el espíritu de una misma misión, a extender el anuncio y la esperanza del Reino.

Cuando el P. Ituarte propuso al P. Provincial iniciar una obra educativa en Bellvitge, animando a los PP. Jesuitas Antón Raventós, Nacho Velasco, Ramón Ribas, Tomás Admetlla y Martín Fabregat a constituir una comunidad en el barrio, se estaba en realidad iniciando un proceso de inculturación renovador y muy audaz. Supuso un proyecto de integración de los jesuitas en la vida cotidiana de las personas del barrio, borrando aquellas barreras y fronteras de la cultura dominante en aquella época, que no pudieron impedir a aquel grupo de jesuitas que acompañaran a las personas y ayudaran a la cohesión social del territorio. A Aquella comunidad de jesuitas se añadieron más tarde los Padres Aute y Rius, y los estudiantes Cisteró y Pañella.

Nos hallamos, pues, ante una manera explícita de ponerse al servicio del anuncio del Reino: de aquello que satisface los deseos del Señor. Como escribió el P. Ituarte en 1993, con motivo del XXX aniversario de la publicación de la encíclica "*Pacem in Terris*" del Papa Juan XXIII, el colegio ha sido el resultado de la "solidaria responsabilidad de muchísima gente buena", ha respondido "a un clamor urgente de justicia" y ha llegado a ser "más allá de una respuesta a una necesidad concreta de escolarización, una auténtica piedra de toque para llenar el barrio de paz y de vida social".

Estas palabras del P. Ituarte nos llevan a concebir una educación entendida como un mensaje fraterno, que ayuda a descubrir la dimensión trascendente del ser



humano suscitando el deseo de solidaridad. En el momento histórico de la Cataluña de los años 70, el colegio Juan XXIII significó un lugar de encuentro de las personas más allá de las diferencias ideológicas y religiosas, hasta hacer que el colegio fuera la casa de todo el mundo. Así fue, a su manera, Pueblo de Dios al servicio de los demás. No fue casual que los fundadores escogieran el nombre del Papa Roncalli, indicando con ello el deseo de abertura al mundo y de compromiso con las necesidades sociales más urgentes.

Quiero destacar también la intuición de globalidad que suponía la apuesta por establecer un triángulo virtuoso con la parroquia y la creación del Club Infantil y Juvenil de Bellvitge. Como quiero asimismo destacar la alianza con las Madres Teresianas, guiadas por la M. Montserrat Ortiz, o la tarea de la escuela-taller Esclat. Ojalá que estas colaboraciones sirvan de referencia para estimular el papel de las redes de Iglesia al servicio de los más desfavorecidos, tal como hoy nos exige nuestra Fe.

Aquel grupo de jesuitas fue a su manera un reflejo de la vida de Jesús. Él nos muestra el camino de la filiación, que supone que todos los seres humanos son hijos de Dios, y supone también actuar con la solidaridad que es propia de los hermanos. Es la encarnación e los valores humanos supremos que Cristo nos enseñó.

Aquellos jesuitas supieron ofrecer su acompañamiento y tender la mano sin condicionamientos de ningún tipo, con sencillez, sin más pretensiones que las de estar con los demás y para los demás en su dolor, en sus defectos y en sus ilusiones. ¡Cuánto de evangélico hay en esta actitud!

¡Y cuánta actualidad contiene su ejemplo! La fe supone confiar en las personas y saber vivir en la incertidumbre. El Reino es el anuncio de la salvación, el anuncio feliz de que Dios nos salva incondicionalmente. Si Él muestra esta fraternidad incondicional, la educación jesuita ha de ser ejemplo de esta apuesta fuerte, valiente y arriesgada, esperanzadora y realista.

Aquellos jesuitas supieron identificar a los invisibles de nuestra sociedad, que son los pobres y los desvalidos, y sin prometer nada en lo material supieron comprometerse con ellos. Pero los jesuitas no actuaban en solitario, sino que fueron pioneros en aquello que, más adelante, la Congregación General XXXIV, en el año 1995, formularía acerca de la colaboración *de y con* los laicos. Su ejemplo fue estímulo para muchos laicos, jóvenes y adultos, comprometidos con el mensaje jesuita: ellos se implicaron también en el proyecto del Juan XXIII y hoy se pueden sentir ufanos de su historia. Algunos de ellos no sólo trabajaron como educadores en el colegio, sino que incluso vinieron a vivir en el barrio en una decidida opción de compromiso y de deseo de integración. Aquel grupo de personas interesadas en



colaborar en la obra es muy numeroso y diverso, pero podríamos personificarlo en los nombres de Jordi Gassó y Carles Grasses, que nos han dejado recientemente.

La historia y la realidad actual del colegio ya vienen significadas en el mismo hecho de que recibiera el nombre de Juan XXIII. En una época convulsa para el país y para la Iglesia, el nombre del Papa Juan XXIII refleja el deseo de romper barreras, de clamar por la justicia y de ponerse incondicionalmente al lado del otro desde un impulso fuertemente evangélico. Se tendieron unas manos a otras manos, se abrieron unos corazones a otros corazones, la fuerza de la Fe vigorizó los espíritus. Los testimonios de la época han recogido muchas historias de familias, voluntarios y amigos que crecieron en su Fe poniendo ladrillo sobre ladrillo, tendiendo cables y compartiendo la alegría de vivir *con y para* los demás.

Mi inmediato predecesor, el P. Kolvenbach, profundizó en la idea del compromiso ignaciano, y en su discurso en la Universidad americana de Georgetown, en 1989, pidió a los antiguos alumnos que se entregaran al "magis", fueran más allá de los conocimientos y de la retórica tradicionales en la pedagogía ignaciana, y se lanzasen a la acción a favor de los pobres, especialmente de los refugiados, que son una estremecedora realidad de nuestra época. Y afirmó con contundencia que *"abandonar el ministerio de la educación equivaldría a abandonar la evangelización del mundo"*.

Como les decía, la creación y evolución del colegio Juan XXIII presenta muchos puntos de contacto con las palabras de mis antecesores. Y no es casual que el P. Arrupe viniera a conocer los inicios del colegio y las obras de su construcción, o que también el P. Kolvenbach viniera en una rápida visita.

Seguramente todos Vds. saben que la Compañía de Jesús nació en un ambiente universitario. Nuestro fundador, Ignacio de Loyola, cursó estudios, con fortuna diversa, en Alcalá y Salamanca, y luego en la Sorbona de París. En aquellos momentos Ignacio no pensaba que su proyecto de ayudar a las ánimas pasase por la creación de colegios.

Ignacio centraba entonces sus esfuerzos, intuiciones e inspiración espiritual en la elaboración de los *Ejercicios*. Como Vds. saben, los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola serán la fuente de inspiración de la *Ratio Studiorum*, que se convirtió en el método pedagógico de los jesuitas desde el año de su publicación, 1559, tres años después de la muerte del fundador.

A la muerte de Ignacio la Compañía de Jesús dirigía 35 escuelas así como otros centros, llamados "ministerios", que se parecían bastante a los colegios. Estos se sostenían por el altruismo de los bienhechores para la formación de los mismos jesuitas. No fue hasta la creación del colegio de Gandía en 1546 cuando empezaron a admitirse también estudiantes no jesuitas.



El compromiso de la Compañía de Jesús con la educación queda bien patente a lo largo de nuestra dilatada historia. Y así lo demuestra hoy la red de más de 800 colegios y escuelas de enseñanza secundaria, profesional y básica esparcidos por todo el mundo.

Los retos que hoy tienen planteada la educación son un mayor estímulo para trabajar de manera evangélica en nuestros colegios. El P. Kolvenbach ya subrayó en el liceo polaco de Gdnya, en 1998, que la Compañía desde sus inicios considera la educación como un terreno privilegiado para el cumplimiento de la misión, y que el motivo determinante que llevó a Ignacio de Loyola a fundar colegios fue la *"ayuda de las ánimas"* y el *"mayor servicio divino"*. Estas palabras tendrían que servirnos de guía para darnos cuenta de los enormes beneficios que los colegios de la Compañía podemos aportar a través del acompañamiento de millares jóvenes que buscan el sentido de su vida, a menudo en un entorno de ruido consumista y hedonista o bien desde la perspectiva de los inmigrantes que llegan buscando mayores posibilidades de vida huyendo de la miseria.

En este contexto hay que recordar las palabras del P. Kolvenbach, quien señala, en la misma conferencia citada, que *"la educación tiene sus propias finalidades y objetivos, que no pueden ser instrumentalizadas al servicio de cualquier otra causa."*

En el último siglo el mundo ha avanzado mucho en la consideración de la educación como una de las aplicaciones más significativas de los derechos universales del ser humano. Los países más avanzados han alcanzado niveles de escolarización universal. La gran responsabilidad de los países avanzados, y en especial de los colegios jesuitas, es comprometerse en la cooperación con otros países menos desarrollados, así como ofrecer acogida en nuestras escuelas a los colectivos sociales menos favorecidos, en especial los inmigrantes.

El reto de la identidad de nuestros colegios para llevar a cabo nuestra misión en un mundo globalizado en el que se admite comúnmente la prioridad de la escolarización para todos por encima de la identificación religiosa no es un tema nuevo en Europa, ni ha de desenfocar nuestros propósitos. En este sentido hay que tener muy presentes las soluciones educativas que la Compañía está desarrollando en Asia y en África para cumplir su misión. Hemos de dar ejemplo cristiano a través de nuestros actos y de nuestra actitud educadora. Nuestros colegios han de tener la misma actitud de acogida, de paz y de acompañamiento que se trasluce en los *Ejercicios Espirituales*, y han de estar abiertos a todos.

La fuerza de la *Ratio Studiorum*, que fue modernizada mediante el paradigma pedagógico ignaciano de 1993, nos ha de empujar a una aplicación práctica que vaya en pos de los alumnos con más dificultades, como referencia de servicio y de la misión. La excelencia educativa que promovió el *"magis"* ha de hallar su



simbiosis con la atención tanto a los más capacitados como a los más condicionados para aprender. La tarea evangélica de un colegio de la Compañía de Jesús se ha de reflejar en aquellos que reclaman nuestra asistencia: los pobres, los marginados y los excluidos. Y si estos no vienen a nuestros colegios, tendremos que salir a buscarlos, o habremos de preguntarnos si tenemos actitudes que nos marcan para que ellos no sientan nuestras aulas como un espacio de esperanza y alegría.

La encrucijada tradicional de Fe y Cultura es hoy un laberinto lleno de símbolos que tienen interpretaciones múltiples según sea quien los recibe. Lo que caracteriza la percepción de nuestra sociedad es la multitud de mensajes expresados en canales de enorme potencial comunicativo, pero carentes de significados estables y consensuados. En este contexto, ¿dónde queda la palabra de Dios? Es preciso que los colegios de la Compañía presten atención y reflexionen sobre el lenguaje de la comunicación y sobre el potencial positivo y negativo que pueda tener en la formación de nuestros jóvenes. Hay que esforzarse para adaptar el lenguaje del maestro al lenguaje del discípulo.

En medio del estruendo de la globalización, los seres humanos se buscan a sí mismos: buscan su identidad y sus valores. A menudo buscan el sentido de la vida sin saber qué buscan. El elemento primordial en una educación en tiempos de globalización es la arquitectura íntima de la persona a la luz de la voluntad de Dios.

En el mundo de la escuela, donde tantos alumnos vienen a nosotros con sus ilusiones, pero también con rompimientos y fracturas interiores cada vez desde edades más tempranas, los educadores y educadoras de los colegios jesuitas somos portadores de la buena nueva de la salvación. Y son muchos los que buscan una salvación sin que nosotros nos demos cuenta. Los colegios de la Compañía nacieron para enseñar a los alumnos los conocimientos imprescindibles para poder desenvolverse en el mundo a la luz de la inspiración cristiana. La historia del compromiso de la Compañía con la educación no es una historia de elitismo, como se ha creído muchas veces. Dondequiera que ha habido necesidades sociales urgentes ha estado también presente el espíritu evangélico de muchos jesuitas y laicos comprometidos con la educación de los más débiles.

España y Cataluña son buen ejemplo de ello. En España hay en estos momentos 65 escuelas de enseñanza obligatoria, todas ellas concertadas con la administración pública, y muchas de ellas en lugares de urgentes necesidades sociales. En Cataluña la presencia jesuita es heterogénea, y la creación de Jesuites Educació es la apuesta por una red de excelencia y equidad al servicio del país. Son muchos los que ponen los ojos en las propuestas de los jesuitas, y en muchos otros lugares del mundo se sigue el desarrollo de esta red como un referente moderno que responde a los retos que presenta la educación católica en nuestro mundo. Ante la magnitud de los problemas no podemos contentarnos con respuestas tímidas. Con mucha



humildad hemos de ser audaces. ¡No tengáis miedo! ¡Dad también vuestro *magis!* Trabajando juntos, jesuitas y laicos, sed creativos, con aquel espíritu que tuvieron en su tiempo los que elaboraron la *Ratio Studiorum*, tal como decís en vuestra Carta Fundacional de Jesuites Educació.

Me gustaría subrayar que la actitud educativa de valor más significativo que se espera de las personas que trabajan y colaboran en un colegio de jesuitas ha de ser reflejo de la imagen del Jesús maestro y amigo que nos acompaña a lo largo de nuestra vida. Con actitud sencilla e incondicional, Jesús maestro camina a nuestro lado, nos guía y nos ayuda a decidir, nos da la mano cuando caemos o nos desanimamos, y no nos fuerza a nada. El reto de la libertad que el maestro enseña a su discípulo está en inculcarle la propia exigencia de vivir bajo los principios del amor al prójimo y de la solidaridad más profunda. Y en esta enseñanza es donde podemos profundizar y hacer maravillosamente explícito el amor de Dios.

De esta suerte, en el educador de nuestros días tiene una relevancia especial la actitud de acompañamiento que personaliza al máximo la individualidad humana, ayudando al alumno a comprenderse en un contexto social y universal. Tal como indica la misma misión que os habéis propuesto en las escuelas de jesuitas de Cataluña, el gran reto que tenéis delante es ayudar a las personas a llegar a ser competentes y comprometidas

Quisiera acabar enlazando las dos partes de esta intervención, que os he dirigido con la intención de evidenciar el binomio educación y compromiso como algo intrínseco al espíritu y a la pedagogía ignaciana.

Me complace comprobar que la realidad actual del colegio Juan XXIII es un ejemplo magnífico de la colaboración entre los laicos y la Compañía de Jesús. Quiero hoy hacer patente mi agradecimiento más explícito a todos los educadores y educadoras que a lo largo de esos 40 años habéis querido compartir vuestro camino con el de los jesuitas: profesores y profesoras, miembros del personal de administración y servicios, colaboradores y voluntarios, miembros del Patronato de la Fundación, familias que durante dos o tres generaciones habéis compartido vuestras responsabilidades educativas con nosotros, personas del barrio y de la ciudad que nos habéis dado apoyo y habéis confiado en nosotros. A todos muchas gracias por vuestro trabajo generoso, muchas veces iluminado por la Fe y, en todo caso, estimulado por un extraordinario espíritu solidario.

Muchas gracias.

**P. Adolfo Nicolás, Superior general de la Compañía de Jesús
L'Hospitalet de Llobregat, 13 de noviembre de 2008**